

En la producción del maíz (maíz blanco) que en 1881-82 ascendió a 2.122.000.000, baja el año siguiente a \$ 20.000.000, para ir a \$ 25.000.000 en 1883; sube a \$ 40.000.000 en 1888, y desciende a \$ 20.000.000 en 1898-99; en 1901, es \$ 2.000.000 en 1897-98, baja a \$ 1.500.000 en 1902-03; sube a \$ 10.000.000 en 1904 y a \$ 10.000.000 en 1905, para bajar bruscamente a \$ 2.000.000 en 1906 y volver a subir a \$ 11.500.000 en 1907. En agosto, de \$ 4.000.000 en 1907, asciende a \$ 10.000.000 en 1908, y a \$ 14.000.000 en 1907, para contraerse hasta \$ 5.000.000 en 1909; y a fin de no multiplicar estas fluctuaciones, el alcohol, de \$ 2.000.000 en 1892, sube a \$ 22.700.000 en 1904, para bajar a \$ 2.000.000 en 1905 y saltar a \$ 18.000.000 en 1908. Estas grandes oscilaciones, medidas por valores, son debidas más a amplias y profundas en sus ordes por volúmenes, puesto que unos y otros siguen una proporción exactamente inversa, por lo cual, sus efectos, en la masa común de las subsistencias y de las producciones industriales, son todavía más sensibles y nocivos. La cosecha de maíz, por ejemplo, que en el año de 1891 tenía por precio medio \$ 1.25 por hectolitro, corresponde a ochenta y un millones de hectolitros; por la de 1902, reducida a \$ 0.90 por la misma medida de capacidad, equivale solamente a sesenta y dos millones y medio de hectolitros; cantidad tan pequeña para las necesidades de la población, que el terrible espectro del hambre, con su habitual cortejo de calamidades, cubren de manera y abarcan todo el territorio en ese año y el siguiente.

Aun en los años que más se aproximó a la producción normal descendió un millón (1.000.000) de hectolitros de maíz a un precio medio de \$ 1.50, o sean \$ 1.500.000, en el verano del estrocheo de la labor agrícola para proveer a las exigencias de un aumento de cosecha normal, que en el año de 1902 experimentó un déficit de \$ 1.500.000, ante la perspectiva de los desastres que aquellos descuentos trujeron, y esta equitativa reserva de principal de los recursos nacionales, que aquellos descuentos en el proceso evolutivo del país, porque calculados en cuatro hectolitros por persona y año, para un país de diez millones de habitantes, para quienes el maíz es el alimento principal, y que en una mitad por lo menos de la cantidad que resulta de nutrición, es una gran parte de ganancia de trabajo, y para abasto de las poblaciones, la fabricación de bebidas de ese grano, se había comenzado a establecerse en grande escala, tiene que desaparecer o mantenerse a expensas de la producción de carnes y de grasas animales, bastando apenas para el mantenimiento de la vida humana en su uso inmediato, e incompletamente para las demandas de la ganadería. Identico de de inversión y de ataca presenta la agricultura en los demás ramos de productos alimenticios, cuyo ruzón, año por año, crece la zozobra ante el aspecto de las cosechas y se hace más frecuente la intervención gubernativa, ora concediendo entrada libre al cereal extranjero en ciertas localidades o en todo el país, ora comprandolo directamente en el mercado exterior para suplir las deficiencias temporales, y ora abatiendo los precios excesivos, que una provisión inferior a la normal implica más allá de las posibilidades de la masa popular.

En, pues, es innegable que la agricultura nacional, en su conjunto, ha participado del movimiento común progresivo del país, también lo es que en adelante no acusa la relativa proyección en rápida e intensidad, ni tampoco es uniforme, regular y continuado, como corresponde a la vida funcional de un organismo importante; por lo cual aparece, y lo está en realidad, retardada lamentablemente respecto de la marcha de avance de todas las otras manifestaciones de las energías sociales, y más todavía a distancias que los escritos del estado presente de esa gran industria, hoy eminentemente científica en el resto del mundo.

En el comercio exterior, el advenzo positivo de la agricultura nacional se encuentra localizado en algunas de las industrias derivadas y en un grupo reducido de productos básicos cuyo cultivo, estimulado por mercados exteriores más o menos transitorios que le han liberado de una competencia temible, y por las ventajas propias de exportación, debidas al monopolio del oro de los cambios internacionales, ha venido a ser altamente remunerador. De las primeras, la industria sacarina con la fabricación de alcoholes, que desde muy antiguo se duplicó en productos en diez años por un procedimiento firme y consistente, que en 1891, que ascendió a \$ 15.000.000 en 1892, se eleva a \$ 18.000.000 en 1894, a \$ 24.000.000 en 1896, a \$ 28.000.000 en 1898, y a \$ 35.000.000 en 1900. De los segundos, que participan a la vez de

Vitar General de la cantidad de alcohol de la producción de la agricultura nacional



un carácter industrial, el henequén, con un valor de más de treinta y dos millones de pesos, el café, con doce, y el tabaco, con nueve, representan por sí solos el 87 por 100 de la exportación total agrícola; y si á ellos se agrega la de ganado vacuno en pie, desarrollada por las mismas causas, la proporción asciende al 92 por 100, reduciendo las exportaciones permanentes á la cifra antigua de cuatro á seis millones de pesos en cada año.

Se palpa por lo tanto que, en el fondo y en verdad, la evolución de la agricultura, si bien revela progreso en su conjunto, es inestable, accidental y de carácter aleatorio.

Los tres millones y medio de seres humanos que viven en las ciudades, villas y pueblos de más de cuatro mil habitantes, comprenden la población urbana, minera, mercantil é industrial, en una palabra, del país. Ellos abarcan todos los servicios públicos y privados de gobierno, de justicia, de policía, de defensa nacional. Ellos desempeñan las profesiones liberales y científicas, las religiosas y las artísticas, los oficios y los empleos. Ellos, por fin, encarnan y personifican las variadas y complexas energías sociales ocupadas en la transformación, adaptación, transporte y distribución de los productos crudos y de las materias primas, que el organismo colectivo necesita para su existencia, para su crecimiento, para su vigor, para su expansión. Y á pesar de su masa reducida, de su pequeño número global, y del más pequeño todavía de sus elementos adultos y realmente activos, ellos han sido capaces de dar á la patria mexicana, en el breve espacio de dos décadas, grandeza y poderío, riqueza y bienestar, seguridad y confianza en sus destinos, aliento y voluntad viril en su progreso.

Los diez millones restantes componen la población rural de la República.

Este gran volumen de fuerza productora, aplicado á una superficie territorial de dos millones de kilómetros cuadrados, en donde se encuentran todos los climas y todos los frutos del planeta, debería hacer de México un país esencialmente agrícola y eminentemente exportador; porque considerando la quinta parte de aquella cifra como el número de adultos en aptitud de dedicar trabajo personal á las explotaciones del campo y á las industrias con él relacionadas, el resultado probable de la labor de dos millones de obreros parece que debe ser proporcional al resultado conocido de otros ramos de producción, en donde se ocupa también el elemento humano, y, por lo tanto: si la minería, con un personal que apenas llega á ochenta mil operarios, es capaz de producir y produce en realidad, valores comerciales que exceden de \$ 80.000.000 en un año; y si la industria fabril y manufacturera, con sólo veinticinco mil trabajadores, tiene lo bastante para superar las demandas del consumo y volver pletórico al mercado, la agricultura nacional con aquel enorme ejército de obreros debería ofrecer cosechas positivamente colosales, casi rayanas en lo fabuloso, ó por lo menos, muy superiores á todas las necesidades de la demanda interior y con márgenes amplísimos para una considerable exportación.

¿Por qué sucede todo lo contrario? ¿Por qué la agricultura tiene un carácter casi exótico y artificial, hasta el extremo de no poder vivir sin la muralla protectora de la tarifa arancelaria y sin la defensa prohibitiva de la depreciación del metal blanco? ¿Por qué, á pesar de esa enorme subvención nacional que favorece el alza de los precios de las subsistencias, la agricultura no alcanza á satisfacer las demandas de materias primas para las industrias interiores, y ni siquiera á cubrir con amplitud las necesidades nutritivas de la población, poniéndola á salvo de las temibles oscilaciones que entorpecen, cuando menos, el desarrollo libre de su prosperidad real?

Cuestiones son éstas de tal manera profundas, de tal modo enlazadas con la evolución divergente de los grandes factores coloniales, hasta tal punto impregnadas en los caracteres raciales, sociológicos y políticos que impuso la conquista, desarrolló el parasitismo sistemático y confirmó el largo período de trastornos públicos de la nación emancipada, que, sin tenerlos presentes, sin penetrarse de su fondo y trascendencia, sería imposible acertar á explicarlas, ya que no á resolverlas, por la acción inexorable de esas leyes de causalidad cuyos afluentes, tan numerosos como complicados, dan sin embargo lugar preponderante al elemento humano en la sucesión y encadenamiento de los fenómenos sociales.

Los breves apuntamientos que en seguida vamos á exponer, darán tal vez alguna luz sobre los principales elementos del complejo problema que la generación presente está llamada á estudiar de toda pre-